

CANTARES

1. Paridos por el lenguaje

Emergemos al ser por el lenguaje.
Desde la cuna, nos entretejen como humanos
las palabras y los gestos.
Todo nos habla y no cesamos de aprender;
todo nos llama con palabras y gestos.
Nada más ni nada menos, crecemos en medio de la palabra,
acunados por ella.

Pero las palabras son el rostro del otro,
y pueden ser terribles, cargadas de violencia,
o dulces como las primeras mieles.
Y también pobres, apenas balbuceos vacíos, estrechos,
incapaces de abrirnos al mundo.
No tenemos otra apertura camino al mundo
que la mirada, la caricia y la palabra.

Los primeros hombres del Popol Vuh
veían demasiado lejos y fueron condenados
por los dioses a la condición humana,
a ver sólo de cerca.
Si en esa cercanía campean
la estrechez del lenguaje, de la caricia y la mirada,
¿cuánto nos queda de mundo?

Las palabras nos acunan o se nos clavan
como agujas,
ríen o nos muestran muecas terribles,
descorren horizontes o los cierran como tapias.
¡Ay de quienes crecen entre palabras como lanzas!
¡Ay de quienes son acunados por la violencia!
¡Ay de quienes son condenados a estrellarse de por vida
contra un universo oscuro de palabras!
¡Ay de quienes resultan habitados
por palabras salvajes, opacas, densas
como la lava profunda de un volcán!

Las palabras no son las cosas,
decía, el viejo Platón,
pero nos permiten ir hacia ellas.
Y hacia nosotros mismos, supimos más tarde,
y hacia el otro,
ese horizonte de posibilidad humana
contra el que puedes golpearte como contra piedras
o llenarte de luz como contra arcoiris.
Eres aquello que te habita. Nada más.
A favor o en contra ese muro o ese arcoiris
te revolverás durante todos tus días.

No hay escapatoria.
Cuando emerges a la luz, te reciben
las palabras, las miradas y las caricias,
son ellas quienes te constituyen el ser,
quienes deciden lo que serás, aún como rebeldía,
como intento de sacártelas de adentro.

Accedemos al ser a través de ellas,
nos niegan el ser cuando faltan,
cuando se vuelven muro, golpe, lanza.

Los dioses nos condenaron a mirar de cerca,
pero ha sido tarea nuestra reducir aun más la mirada.
A nadie lo condenan a mirar tan de cerca,
Sólo obra nuestra habrá sido,
sólo un empecinamiento en horizontes de asfixia.
Pobrecitos cuerpos atravesados desde niños
por la palabra lanza,
pobrecitas heridas que jamás cerrarán,
pobrecitas llagas abiertas a cualquier viento, a cualquier mirada.
Larva precaria el hombre,
cualquier brisa lo daña,
y las palabras son la primera brisa para la piel,
brisa que arrulla o muerde,
que se desliza como una caricia,

y penetra como ella, o se clava,
espinuda, sarcástica, desgarradora de carne.